

LA CUESTION HOMERICA

Recojo aquí ideas expuestas en mi curso breve sobre Homero en la Pontificia Universidad de Salamanca (noviembre-diciembre de 1953) y nuevamente las ofrezco a la inteligente atención y hasta discusión de mis oyentes de aquellos días; y otras, que la brevedad de las lecciones no me permitió exponer entonces. Pero aquí también, a pesar de la extensión de este artículo, se trata solo de un esbozo, y si ello incita a ahondar en el eterno problema homérico a alguno de mis posibles lectores, cumplido queda mi intento al esbozarlo.

Desisto por razones también de brevedad de dar una bibliografía de los más recientes trabajos de investigación homérica; pero aparte la que va apareciendo en las notas, que es la que ha estado a mi alcance, puede verse una síntesis en A. LESKY (que también cito en mi trabajo): Die Homerforschung in der gegenwart (Wien 1952), que reproduce las recensiones del mismo autor en los tomos IV y V (1951-1955) del «Anzeiger für die Altertumswissenschaft», de Viena.

1.—Homero: su existencia

Los modernos han afectado frecuentemente y, pudiéramos decir que tozudamente, no saber nada de Homero, cuya existencia misma pareció un tiempo de buen tono negar. G. Glotz, gran historiador y excelente conocedor de la antigüedad helénica, resume así la actitud de su época que es casi la de nuestros días:

«De Homero no sabemos nada, Homero no es más que un nombre. Siete ciudades se disputaban la gloria de haberle dado la luz. La mayor parte eran de dialecto jonio; pero sobre todas las listas figuraban Cima, la capital de la Eólida y luego Quíos y Esmirna, dos ciudades que fueron eolias antes de ser anexionadas a Jonia y una de ellas por lo menos veneraba a Homero como a un héroe (ESTRABÓN, XIV, I, 37, p. 646). La fecha de su nacimiento flota entre